NECROLOGÍA.

Continuacion. (1)

Entre los románticos consagrados á rehabilitar la Edad media, contábanse muchos que se habían alistado bajo la enseña de la nueva escuela movidos de su acendrada fe cristiana, porque creían ver el triunfo de ésta en los elogios entusiastas tributados á las maravillas que ella produjo en los pasados tiempos. De este número era Carderera, que, como indicamos al principio, fué siempre verdadero creyente, sin ostentacion, pero sin cobardía. Se imaginó él acaso, con disculpable candor, que todos los nuevos corifeos del romanticismo transpirenáico, continuando la generosa empresa de Chateaubriand, que *restituyó á la Francia el Dios que había perdido*, se ceñirían á procurar el desagravio de la cultura cristiana calumniada y escarnecida, y no se descarriarían en busca de otros nortes. Ignoraba que una grande y poderosa reaccion, devolviendo á la Francia del siglo XIX todo lo que de ella había recibido la Alemania bajo el predominio de las ideas cartesianas en los siglos XVII y XVIII, estaba consumando en la esfera de la filosofía, de las letras y de las artes, una revolucion que iba á derrocar esa misma veneranda mole de la estética cristiana, tan trabajosamente reconstruida, para sustituir á su culto el de un

---

(1) Véase el cuaderno I, tomo II de este BOLETIN.

nuevo naturalismo, más peligroso que el directamente inspirado desde el Renacimiento acá por la contemplacion asidua, si no profunda, de las creaciones del genio pagano. No sospechaba Carderera que la falange de los románticos traía en pos de sí la de otros nuevos demoledores de su amada Edad media. ¿Quién le hubiera dicho que Goethe y Lessing, y sus secuaces de la vecina Francia, marchaban secreta é indisolublemente unidos con los Schelling, Hegel y demás corifeos del *idealismo objetivo*, en cuya bandera empezaba á leerse la glorificacion del panteismo helénico? Lleno de santo ardor, y figurándose sin duda que, por ser la tierra de allende el Rhin la cuna predilecta del misticismo fantástico y visionario, la patria de Jacobo Boehme, de Reuchlin, Fludd y Angelus Silesius, iba ella á enarbolar resuelta y noblemente la enseña de la restauracion del arte de los siglos medios, y que todo el Occidente seguiría tan generoso impulso, ya casi se contemplaba nuestro pintor-arqueólogo miembro de una vasta hermandad europea organizada para la grande obra regeneradora; y si algun temor asaltaba su ánimo, no era seguramente el de un lento retroceso al sensualismo pagano, sino más bien el de que se pudieran reproducir en las regiones donde se da acogida, aun á despecho del comun seso, á las más exaltadas fantasías, los antiguos delirios de la teosofía y de los *iluminados*, y algo semejante á las descabelladas revelaciones de los *hermanos de la rosa-cruz (Rosenkreutz)*.

¿Diremos, por ventura, que Carderera fuese un ciego y fanático detractor de los recuerdos y monumentos de la antigua cultura gentílica? Nada sería más opuesto á la verdad. Ya hemos apuntado que admiraba la forma clásica griega y romana, si bien tributaba respetuoso acatamiento á la ciencia revelada, poniéndola muy por encima de la humana especulativa; y ahora completamos nuestra idea añadiendo que para él la superioridad del arte cristiano sobre el pagano más selecto, residía principalmente en la *expresion del sentimiento religioso*, signo indefectible de una inspiracion divina, ó sea sobrenatural, que no tuvieron la suerte de alcanzar los más celebrados artistas étnicos. La maravillosa correspondencia, tan inexplicable y

misteriosa, de la forma artística con la divina esencia de la religion revelada al hombre, era para Carderera la razon más perentoria de la superioridad del arte cristiano sobre el gentílico. En esta libre eleccion, en esta razonada preferencia habían de informarse, digámoslo así, todos los actos de la larga y meritoria existencia de nuestro artista-filósofo, como pintor y como arqueólogo. Pero era principalmente el arqueólogo el que descollaba, y puede en cierto modo decirse que el pintor, en aquella ocupadísima vida, estuvo constantemente al servicio del anticuario.

La primera obra en que se dió á conocer como tal, fué el catafalco, de estilo gótico florido, que trazó y dirigió para las solemnes exequias que hizo la grandeza de España al rey D. Fernando VII en la iglesia de San Jerónimo de esta corte. El templo en que habían de celebrarse los suntuosos sufragios reclamaba, felizmente para Carderera, aquel estilo arquitectónico. Bajo aquella bóveda de tracería ojival del siglo XV, un catafalco greco-romano ó *vignolesco*, ó de forma híbrida del *Renacimiento*, hubiera parecido á los inteligentes de aquella época una herejía arquitectónica, tan monstruosa como el famoso *transparente* incrustado en el trasaltar de la gran basílica toledana. Se vivía en dias de reaccion contra el pseudo-clasicismo de los reinados de Carlos III y Carlos IV, y los eruditos de la nueva escuela tradicionalista, exclusivistas é intolerantes, no concedían que en un templo gótico hubiera sido lícito jamás erigir un monumento cuyas líneas no estuviesen en perfecta correspondencia con las líneas generales del edificio. La tolerancia que hoy profesamos, y que nos inclina á aceptar como preciosos testimonios del sentimiento estético de cada edad todas las discordes construcciones que hacen de nuestras seculares catedrales interesantísimos museos, no existía entónces. No sabemos si por aquellos dias participaría Carderera de la falsa creencia de ser el estilo ojival, vulgarmente denominado *gótico*, el único adaptable á las construcciones del culto cristiano, pues tan deficientes eran entónces las nociones sobre el arte nacido en el seno de la Edad media al servicio de la religion del Crucificado, que ni las construcciones bizantinas, ni las de forma latina, ni las románicas

se tenían para nada en cuenta. Como quiera, nuestro artista-arqueólogo, utilizando sus recuerdos de Poblet y Montearagon, y los ejemplos de las construcciones de la dinastía aragonesa del siglo XV, que había estudiado en Nápoles y Sicilia, supo dar con una de las formas más genuinas de la arquitectura española en la época de su mayor florecimiento, de tal modo, que ni la crítica más exigente y descontentadiza hubiera tenido nada que censurar en aquella feliz concepcion. Formaba ésta, segun el vago recuerdo que de ella conservamos, un magnífico monumento sepulcral de planta octógona, en cuyas haces lucían gallardos arcos ojivales de delicada cresteria, bajo gabletes engalanados con sus frondarios y grumos, y separados unos de otros por esbeltos estribos, adosados á los cuales custodiaban el fúnebre recinto sendos heraldos en graciosas y nobles actitudes. Coronábalo un hermoso cimborio, que los enhiestos pináculos de los estribos circuían como un plantel de gráciles cipreses, y la majestuosa mole, que aunque de madera y lienzo pintado, fingía una sólida construccion de granito y piedra blanca, descollaba sobre un espacioso basamento en el centro del crucero, llenando con sus bien proporcionados miembros aquel augusto recinto de tan ingente elevacion.

La obra fué grandemente celebrada; pero la satisfaccion que del aplauso público recibió el autor, debió en lo sucesivo quedar para él tristemente compensada con el disgusto de ver la severa arqueología convertida en vulgivaga pelandusca, y la noble arquitectura religiosa de Poblet y Montearagon, de San Cugat del Vallés y Santa María de las Puellas, de la Cartuja de Miraflores y de nuestras venerandas Catedrales, al servicio de los confiteros y zapateros de la corte, decorando sus anaquelerías. La aficion á lo *gótico* degeneró en verdadera manía, y no hubo industrial de mediano fuste que no alardeara de hombre de buen gusto transformando su obrador ó su tienda en monumento arquitectónico, con arquerías apuntadas, parteluces prismáticos, claraboyas lobuladas, conopios, gabletes, pináculos, marquesinas, umbelas, estatuillas, gárgolas, bichas quiméricas, etc., etc.; pero ¡con qué adaptacion, con qué oportunidad, con qué sistema, y sobre todo

con qué dibujo!! Restos, y no pocos, quedan aún en las casas de comercio de esta coronada villa, de aquel deplorable gótico que hoy llamamos *de confitería*... ¿Haremos de esto un cargo á Carderera, por haber sido él el primero que en la España de 1833 tributó el serio y razonado homenaje de su veneracion al arte genuino de la Edad media española? Tanto valdría hacer responsables á Hartzenbusch, al Duque de Rivas y á García Gutierrez, restauradores de nuestro genuino arte dramático, de los mamarrachos literarios perpetrados por la indocta caterva de sus imitadores.

No tenemos noticia de ninguna otra obra de construccion ideada por Carderera, si bien de su extraordinaria aptitud como trazador colegimos que cualquiera otra que hubiese emprendido, le habría acreditado de excelente arquitecto. Semejante en esto á los grandes artistas del siglo de Leon X, todas las artes plásticas le habían revelado sus secretos, y bien manifiesto hizo este privilegiado don recibido de la naturaleza el raro acierto con que acerca de todas ellas discurría, no ya en el mero campo de su desarrollo histórico, sino en la más difícil esfera de sus leyes estéticas y de su ejecucion técnica.

El amor de Carderera á la Edad media, nutrido con las vigorosas impresiones que en él produjeron las doctrinas y los ejemplos, recibía nuevo pábulo en las reuniones de artistas y literatos románticos de que era teatro la morada de D. José de Madrazo, padre del que esto escribe, rica en objetos de arte de toda especie, esto es, en colecciones de cuadros, estampas, dibujos originales y libros, que alcanzaron verdadera celebridad. Allí trató Carderera á Lista, Ochoa, Larra, Espronceda, Ventura de la Vega, Serafin Calderon, José Bermudez de Castro, Breton, Gil y Zárate, etc. De aquellas reuniones salió la idea de publicar un periódico que fuese como el portaestandarte de la nueva escuela, y entónces salió á luz, dirigido y redactado por los más decididos de aquella falange—pues no todos se declararon románticos desde luego—*El Artista,* verdadero despertador del genio español moderno, antes aletargado, en cuyas columnas se dió á conocer Carderera como historiador de las tres artes plásticas, publicando muchos

artículos en que se contiene cuanto hasta entónces había aprendido y meditado sobre el desarrollo de la arquitectura, de la escultura y de la pintura en España, durante la Edad media y el Renacimiento.

Como historiógrafo del arte, su primera profesion de pintor le daba sobre todos sus colegas, los anticuarios, una ventaja inmensa, realzada además por una portentosa memoria. En aquel tiempo en que aun no se había descubierto, no ya la fotografía, pero ni siquiera el daguerreotipo, un arqueólogo que no supiera valerse por sí mismo del lápiz ó del pincel, tenía que hacer necesariamente estudios muy incompletos, y para llegar á comprender los diferentes estilos y dar á sus observaciones alguna clasificacion, había de emplear prolijas anotaciones é interminables procedimientos, sometiéndose siempre á datos inciertos ó del todo erróneos, como procedentes de artistas no educados para el dibujo arqueológico. Carderera, por el contrario, se servía indistintamente de todos los medios gráficos conocidos, y auxiliado de su fidelísima retentiva, con la cual terminaba la copia del objeto aun sin tenerlo delante, atesoraba rápidamente en sus carteras todos los datos de forma, de color, de materia y de magnitud, y los demás accidentes y pormenores que demandaba la diminuta ciencia arqueológica de aquella época, todavía poco exigente. Era tal la costumbre que desde sus correrías artísticas por Italia—especialmente por los templos de Nápoles—había contraido de tomar apuntes á escape, que para dibujar y acuarelar un monumento cualquiera, así se tratara de un sepulcro tan cuajado de relieves y calados como los de la Cartuja de Miraflores, ó de un edificio tan exornado como la fachada de la Universidad de Salamanca, ó de un conjunto tan complicado como el claustro plateresco de Santa María la Real de Nájera, no había menester más tiempo que el que empleaba el sol en su carrera de oriente á ocaso. A veces, en un solo día trasladaba á sus cartones, con la prisa del que mete en sus alforjas los despojos recogidos en un campo de batalla donde aun suena el estampido del cañon, las líneas y colores más importantes de cuatro ó cinco monumentos, ya arquitectónicos, ya de escultura ó pintura. Bastábale una leve silueta, una

ligera mancha, una simple nota, para recordar luego con sus más esenciales pormenores el objeto reproducido. Cuando no le era posible tomar en su álbum todos los datos gráficos precisos, se contentaba con trazar cuatro rayas en un papel cualquiera—aunque fuese en un sobre de carta:—lo demás, ya que entónces no se trataba de un estudio científico y técnico, sino de una primera impresion, su memoria se lo sugería. Porque no debe olvidarse una especie que antes hemos apuntado, á saber, que en aquel tiempo, un monumento artístico se estimaba bien estudiado y reproducido con sólo que se diese una idea *aproximada* de su estructura externa. «Carderera (dice su amigo »Merimée) recorría la Península en medio de los horro»res de la guerra civil, explorando los insignes monumentos »y gloriosos recuerdos de la historia patria que pare»cían un dia imperecederos, sin que los peligros, las fati»gas y las privaciones fuesen parte á moderar su entusias»mo y á contener su admirable actividad, ilustrando al »vulgo acerca de las bellezas amenazadas por su ciego de»lirio, y acerca de los gloriosos recuerdos que encerraban, »exhortándole á conservarlos. Más de una vez tuvo la »suerte de evitar su ruina, y cuando sus esfuerzos no lo»graban contener tan furiosos instintos de devastacion, »conseguía al ménos suspenderlos por breves instantes »para reproducir con el lápiz lo que muy pronto iba á »reducirse á escombros. Así conservó Carderera objetos »preciosos, cuya pérdida hubiera sido irreparable, y así »reunió en tan expuestos y fatigosos viajes un tesoro de »dibujos tomados del natural, tanto más interesantes »cuanto que ha desaparecido una gran parte de los objetos »y monumentos que representan.»

Carderera, añadiremos nosotros, tomaba las vistas de los monumentos amenazados por la piqueta demoledora, con el mismo ardor con que el enamorado se extasía ante el semblante de la desgraciada víctima que ama, puesta ya en manos de su verdugo: y aquél arrojo era en él doblemente meritorio, porque no nació arrojado. ¿Cuántas veces, á pesar de su carácter tímido y pusilánime, no se puso á riesgo de que le llevaran preso, creyéndole espía, por haberle sorprendido, ora dibujando un antiguo castillo

convertido en edificio militar, ora trepando por los pulverulentos escombros de una derruida muralla para tomar la vista de una curiosa portada defendida por sagrada clausura? ¿Cuántas no le encontraron los sacristanes y monaguillos metiéndose, como conejo en la madriguera, por los huecos de los lucillos, llenos de telarañas, para acomodarse á horcajadas sobre los bultos yacentes de los sepulcros, y trasladar allí á su cartera las figuras de aquellas damas y guerreros, interpelados en su sueño secular al través del frío mármol de sus tumbas por el ansioso arqueólogo?

Aquellos viajes artísticos, comenzados en Italia y continuados en Cataluña, Aragon y Castilla en diferentes épocas, después de haber ingresado en la Real Academia de San Fernando en 1.º de Julio de 1832, como académico de mérito, fueron la principal ocupacion de nuestro anticuario. Eran unos puramente voluntarios; otros, impuestos á su reconocida capacidad, probidad y celo, de órden superior.

De ellos salieron las obras que más fama le han granjeado, y los actos de su vida más honrosos para su nombre. Fruto de esos viajes, y de una vasta erudicion adquirida en los más selectos libros de arte y de historia, ya allegados por él, ya registrados en las públicas bibliotecas—sin cuya preparacion las meras correrías resultan infecundas,—fueron: la mencionada serie de artículos sobre *Bellas Artes* que publicó en el periódico *El Artista;* su grande y clásica obra de la *Iconografía española*; su preciosa aunque abreviada *Historia de la pintura en Aragon*, incluida por vía de prólogo en la nueva edicion anotada de la obra de Jusepe Martinez; multitud de artículos interesantísimos, dados á luz en diversos periódicos y revistas de Madrid y de las provincias; una curiosa y bien meditada *Memoria sobre el retrato, traje y escudo de armas de Cristóbal Colon*, escrita por encargo de la Academia de la Historia en 1848, poco después de su ingreso en ella como individuo de número (1); varios trabajos inéditos, entre los cuales recordamos un *Ensayo sobre los monumentos, sepulcros y panteones reales de España*;

(1) Vió la luz pública en el tomo VIII de *Memorias* de la Academia.

una considerable *Coleccion de noticias, documentos y estudios para la historia del grabado* en nuestra Península; abundantes *adiciones* al *Diccionario de profesores de las bellas artes de Cean Bermudez;* unos *Apuntes sobre el lujo y la indumentaria de la corte durante la dinastía austriaca;* y por último, una valiosísima coleccion de trasuntos de monumentos arquitectónicos—iglesias, monasterios, claustros, retablos, panteones, castillos, murallas, palacios, edificios de todo género—y aun de escultura y pintura, con la cual llenó acaso más de cien carteras: tesoro inapreciable que causa admiracion y tristeza á la par: admiracion, porque no se concibe cómo pudo un solo hombre ejecutar tan considerable número de dibujos y acuarelas en una suma de tiempo invertido en viajes que llegará escasamente á cuatro ó cinco años; y tristeza, porque considerando las joyas artísticas que en esas carteras se hallan acopiadas, y las muchísimas que de entónces acá han desaparecido de la haz de nuestra España, rica como ninguna nacion cuando la motejaban de esclavizada á su antigua fe, mientras se recorre aquella interminable copia de acuarelas y de dibujos, reproducciones de prodigios artísticos para siempre perdidos, siente uno encendérsele el rostro de vergüenza y hervirle en el pecho la indignacion ante los dolorosos efectos de la lenta y mansa barbarie devastadora á que nos hemos entregado los presuntuosos redentores de la infeliz esclava. ¡Ah, no parece sino que en nuestra inexplicable insania teníamos por incompatibles el progreso y la libertad con los testimonios de las antiguas y venerandas creencias católicas y monárquicas! Hasta qué punto ha sido destructora y funesta aquella locura, claramente nos lo revelan esas carteras, piezas impagables del proceso que la España culta de hoy pudiera abrir contra la España obcecada de ayer, para escarmiento de la tolerante España futura.

A la considerable lista de tan beneméritos trabajos, debemos agregar un crecido número de eruditísimos informes redactados por Carderera en los largos años que desempeñó, con sin igual celo, el cargo de vocal de la Comision central de monumentos, creada en 1845, en la cual, custodio siempre alerta del tesoro artístico de la nacion, no

cesó un punto de denunciar los actos de vandalismo ó de incuria que dolorosamente han venido mermándole, obteniendo en muchas ocasiones de la ilustracion del Gobierno medidas reparadoras. Bien puede decirse que él fué siempre el alma de tan útil institucion, salvaguardia preciosa sin la cual los más gloriosos timbres de la bella arquitectura española de la Edad media habrían mucho tiempo há desaparecido. De él aprendimos los que en el seno de aquella, y sobre la brecha de la aportillada cerca, continuamos hoy luchando y defendiendo el profanado santuario; su ejemplo, que tantas veces fué nuestro estímulo, es ahora el más grato recuerdo de nuestra íntima y poco conocida historia, y el tema más frecuente de los coloquios que amenizan nuestras sesiones. Aquellos importantes servicios, cuya loa no deja de corresponderle de pleno derecho, por más que redundasen en elogio y crédito de la digna Comision mencionada, ya en el período de su existencia privativa, ya en el de su incorporacion á la Real Academia de San Fernando, en la cual reside hoy, son los actos para los cuales decíamos que le dieron especial aptitud sus viajes artísticos por la Península, honrando su nombre tánto cuanto sus publicaciones.

No ménos honrosa había sido para él, en época anterior, esto es, en 1836, al llevarse á cabo la primera desamortizacion eclesiástica, la comision que el Gobierno le confió de contribuir con su reconocida pericia en el conocimiento de los autores, á la formacion de un gran Museo Nacional en el ex-convento de la Trinidad de Madrid, y de crear además museos provinciales, donde pudiera estudiarse el arte español en las diferentes regiones en que había tenido su cuna y su desarrollo. Este pensamiento, que entrañaba todo el mérito de que pudiera blasonar un corsario á quien le asaltase la generosa idea de hacer pública manifestacion de la riqueza por él apresada en una nave entrada al abordaje, había sido celebrado por los artistas y aficionados de buena fe, que miraban los proyectados museos como tablas de salvacion en el gran naufragio que, por efecto de las medidas desamortizadoras, sufrian los monumentos de escultura y pintura, y de todas las artes decorativas en España; así que con el mayor en-

tusiasmo cooperaban á ponerlo por obra los profesores y las Academias llamados por el Gobierno para recoger las joyas artísticas de los conventos y casas religiosas que el Estado suprimía. Desgraciadamente, detrás de los resueltos campeones que llenos de santo ardor recorrían las provincias con tan plausible objeto, se ocultaban codiciosos especuladores, que con hábil estrategia y sin más títulos que cierta importancia política (suficiente en nuestra tierra para lograrlo todo), habían conseguido ponerse al frente de los nuevos institutos, y que, árbitros de la eleccion de los cuadros, estatuas, bajo-relieves y demás objetos de arte que habían de figurar en ellos, destinaban á la enseseñanza del público los desprovistos de mérito y valor, y se reservaban para sus improvisadas colecciones, adquiriéndolas por tercera mano y al desprez en simuladas ventas, las verdaderas alhajas de la sacrílega cosecha. Ajeno Carderera, como los otros profesores comisionados—Castelaro, Zabaleta, etc.—á este agio inmoral, y no sospechando tampoco que el pensamiento de los museos Nacional y provinciales iba á malograrse en gran parte con el desórden consiguiente á una administracion caótica que ni tomaba razon cabal de la procedencia de los objetos reunidos en ellos, ni se curaba de completar las diminutas noticias suministradas por los agentes de aquella precipitada é irreflexiva incautacion, desempeñaba su cometido con fe, y á su celo y diligencia se debió, por las apremiantes advertencias y los oportunos avisos que dirigió á la Academia de San Fernando y al conde de Quinto, nombrado Director del Museo Nacional de la Trinidad, que este museo retuviese la más considerable parte de las joyas artísticas sacadas de los conventos y monasterios de Castilla la Vieja, que á él le había correspondido recoger. La seleccion de los cuadros que debían exponerse al público, su colocacion en los salones y claustros del espacioso ex-convento, su restauracion y los demás preliminares de la apertura del nuevo instituto, que se verificó en 1841, siendo Regente del Reino el duque de la Victoria, fueron operaciones casi exclusivamente dirigidas por el docto académico-arqueólogo.

Otras comisiones no ménos honrosas le obligaron á

hacer nuevos viajes, de todos los cuales sacaba partido al propio tiempo para aumentar el precioso arsenal de datos reunidos en sus carteras, y enriquecer con oportunas adquisiciones su coleccion de cuadros, su coleccion de estampas—principalmente retratos—y su selecta biblioteca. Por el Real Patrimonio se le encargó que hiciese una visita de inspeccion y un proyecto de restauracion de los Reales Alcázares de Sevilla, donde ciertos alardes de iniciacion en la arquitectura muslímica, temerarios é inconsultos, incoados utilizando en mal hora la aficion de los andaluces á los colorines, amagaban trocar las primorosas tarbeas que para el rey D. Pedro decoraron alarifes mudejares del siglo XIV, en salas de moderna horchatería. Verificó el sabio académico su viaje á la reina del Bétis, y trajo de allí, con la seguridad del remedio de aquel atropello arqueológico, nueva copia de datos para sus estudios y publicaciones, recogidos como á tenazon, pero con fidelidad admirable (segun hemos tenido ocasion de comprobarlo despues nosotros mismos), en una como algarada artística, á que le brindó aquel delicioso suelo de Andalucía, donde, embriagados con el aroma de los naranjales, que los hace bajar del cielo empíreo, todavía en las noches de primavera hablan de amores los ángeles con las hijas de los hombres (1). El viaje de nuestro artista por las provincias de Jaen, Córdoba, Sevilla y Granada, no fué menos fructuoso que el que catorce años antes había hecho por las provincias de Burgos, Valladolid, Palencia y Salamanca.

Una nueva comision encomendada por el mismo Real Patrimonio á su notoria idoneidad—verdaderamente proverbial entre la aristocracia madrileña, dócil y sumisa al merecido prestigio de los duques de Villahermosa, Mecenas de nuestro artista anticuario—le tuvo largo tiempo ocupado en examinar, clasificar y catalogar las cuantiosas y ricas colecciones de indumentaria militar é instrumentos y máquinas de guerra de la *Armería Real*. Este honroso cargo no le obligaba á emprender nuevos viajes, pero

(1) Byron, *Heaven and earth.*

si á consultar con gran frecuencia las carteras donde tenía depositadas las memorias de sus fructuosas correrías por Italia y España.

Honores, distinciones, títulos académicos recompensaban entretanto su incansable laboriosidad y sus merecimientos, cada dia mayores y más manifiestos. Desde el año 1841 formaba parte de la Real Academia de la Historia, donde entró como individuo supernumerario. Solicitábase entónces el ingreso en las Academias, y no se desdeñaban de pretenderlo los más afamados ingenios. Del mismo modo que en 1832 había presentado á la Real Academia de San Fernando su solicitud, exponiendo el plausible deseo de pertenecer á ella y exhibiendo sus títulos, solicitó en 1841 ser admitido en la de la Historia, y para justificar su aspiracion presentó un notable *Ensayo histórico sobre retratos de hombres célebres*. Vióse precisado, á los pocos dias de obtener su nombramiento, y antes de tomar posesion de su plaza, á trasladarse á París para preparar la publicacion de su obra magna sobre la *Iconografía española*, ocupacion que le entretuvo allí y en Lóndres hasta el año 1844, y en Abril de este año entró á ocupar su puesto de académico supernumerario, leyendo una curiosísima *Reseña histórico-artística de los monumentos sepulcrales de España en sus diversas épocas* (1).—Las mercedes que luego recibió, entre las cuales debemos contar la de caballero de la real y distinguida órden de Cárlos III, la de pintor de cámara honorario de S. M. y la de caballero gran cruz de la órden americana de Isabel la Católica; los testimonios de consideracion que obtuvo de varias academias y corporaciones extranjeras, que le mandaron sus diplomas de correspondiente, fueron justo premio de sus grandes servicios, de sus meritísimas tareas, de sus continuas vigilias y esfuerzos en favor del progreso intelectual de su patria y en beneficio del adelantamiento de la ciencia arqueológica, en que se interesa todo el mundo culto.

---

(1) Esta reseña, ampliada después bajo el título de *Ensayo sobre los monumentos, sepulcros y panteones reales de España*, es la misma obra que hemos ya citado al enumerar los trabajos que Carderera dejó inéditos.

Instalado en una espaciosa habitacion del piso segundo del palacio de Villahermosa, su antiguo y constante protector, vivía Carderera, en cuanto á su trato personal, como un estudiante, y en cuanto á la riqueza de objetos de arte de que se había rodeado, como un príncipe. Su aficion á coleccionar cuadros, estampas, dibujos originales, libros y obras de bellas-artes, que desde su residencia en Italia fué tomando proporciones de verdadera manía, y su abandono respecto de la *mise en scène* de aquella riqueza, habían dado por resultado que la morada de nuestro docto académico presentase el aspecto de una suntuosa almoneda, donde, velados por el polvo que tánto exalta la sensibilidad nerviosa de los coleccionistas pulcros y gurruminos, y afeados por el desórden de los muebles y por las manchas y jirones de las sillerías, que son pecadillos inveterados é incorregibles en el ajuar de todo solteron, formaban contraste y se disputaban la preferencia segun los gustos, las tablas del XV, flamencas é italianas, los espléndidos lienzos de las escuelas de Venecia y de Amberes, los trípticos bizantinos de marfil, los esmaltes de Limoges, la cerámica de Palissy, láminas de repujado florentino, arquetas incrustadas de Francia y Alemania, retazos de estofas de Persia y de brocado español del XVI, retratos de hermosas y célebres damas, puestos en fila junto á la aristocrática cornisa, dignos de la famosa coleccion de bellezas que reunió en su palacio de Mantua el Duque Vicente Gonzaga; mesas y consolas doradas del tiempo de Luis XIII y Luis XV, soportando el noble peso de cien carteras atestadas de estampas de gran precio; y en las piezas inmediatas, la estantería rebosando libros raros (la mayor parte mal encuadernados, pero no pocos con traje de gala costoso y regio); los armarios reventando con la carga de multitud de carteras de todos tamaños, cartapacios, cartones, cartulinas y rollos; los caballetes, sosteniendo, espatarrados y á duras penas, pesadísimos marcos de vistosa talla churrigueresca; aquí un gran brasero con caja claveteada de macizo bronce, allá una raquítica estufa torcida y derrengada, más allá un maniquí á medio vestir; y luego la mesilla de alas con los restos del frugal almuerzo, de hombre más herbívoro que carnívoro: y despues la mesa de

escribir, vieja y deslustrada, con su epidérmis de caoba saltada á pedazos: que no sólo había allí mucho y bueno para los elegantes golosos de cosas artísticas, sino tambien algo y malo para la lardosa caterva de los prenderos.

Los personajes que trataban á Carderera y solían visitarle, ni extrañaban aquel desórden conociendo su idiosincrasia, indiferente á lo minucioso, ordenado y *confortable*, ni se retraían de pasar en su estudio largas horas porque se encontrasen sobre su mesa de escribir la taza rota con el engrudo que empleaba para encolar los dibujos y los grabados desprendidos de los libros, ó la bandeja de hoja de lata abollada, dejando chorrear el baño de cloruro en que lavaba las márgenes de las estampas adquiridas en los baratillos. Con mucha frecuencia grandes y titulados, y hombres distinguidos de todas las jerarquías sociales, fiaron sus retratos á los pinceles del artista-anticuario, no menos hábiles en la diestra que los manejaba por alternar con la pluma del escritor ó con los ingredientes de la química casera del quitamanchas. Allí, en aquel revuelto Cluny, entre aquellos restos de la opulencia de las pasadas edades, pintó él soberbios retratos, que recordamos con placer: los de los duques de Villahermosa, de medio cuerpo, él, dignísimo prócer de noble y amable gesto; ella, nobilísima dama de delicadas y aristocráticas facciones;—otro de la misma duquesa, de cuerpo entero, con finas medias tintas á la Van Dyck;—el del conde de Toreno, admirable por la verdad con que fijó en el lienzo las características facciones de aquel célebre orador é historiador que parecía vaciado en el troquel de los ministros britanos del tiempo de Jorge IV;—el del famoso jurisconsulto D. Manuel Cambronero, Ciceron del foro español;—los de los dos jóvenes esposos D. Cárlos Solano y Doña Teresa de Villalpando, hoy marqueses de Monsalud, con elegante traje de máscara; etc.—Allí tambien ejecutó preciosos cuadros de composicion, ya históricos, ya religiosos, ya alegóricos: *Colon á su regreso de América*, para S. M. la Reina doña María Cristina;—para el referido duque de Villahermosa, un lindo retablo cuyo asunto no tenemos presente;—para el Infante D. Sebastian Gabriel, un pequeño tríptico de cobre,

en el cual Carderera hizo para el centro la *Concepcion Inmaculada*, y sus amigos D. Cárlos Luis de Ribera y don Federico de Madrazo, las imágenes de Santa Cristina y San Sebastian en los compartimentos de los lados;—y sin determinada aplicacion, aunque luego lo adquirió el Gobierno, el conocido lienzo emblemático de *la Prudencia y la Hermosura*, en que se mostró fiel á los recuerdos del seductor naturalismo de Palma el Viejo y del Vecellio.

Con gran frecuencia el estudio del pintor se convertia en gabinete de reunion de arqueólogos ó bibliófilos, porque el dueño se veía muy amenudo asediado por la juventud ganosa de ciencia, que libaba en sus carteras, como las abejas en los vergeles, la sustancia para hacer sus panales: ó por los rebuscadores de *libros viejos* que iban á proponerle cambalaches, y que, yendo á su casa por lana, solían salir trasquilados. Hay que confesar que un arsenal de ciento treinta carteras, donde había más de treinta mil retratos, setenta mil grabados y dos mil dibujos de antiguos maestros, y donde las paredes de tres ó cuatro piezas estaban acorazadas con una biblioteca de miles de volúmenes; eran una formal tentacion para proporcionarse en los dias de lluvia ó de nieves, agradables giras artísticas y literarias dentro de la habitacion de D. Valentín Carderera, sin los percances que suelen ocurrir en los *sports* de caza, pesca y carreras de caballos. Él mismo experimentaba la irresistible atraccion de tan grata morada, así que durante el dia no la abandonaba nunca sino para entregarse á su predilecto *sport*, que era la *caza de libros*, ó bien para acudir á las sesiones de la Comision central de monumentos, á defender con denuedo la conservacion de aquéllos, santa vocacion de toda su vida. En la caza de libros era Carderera montero eminente: cuando Gayangos, Serafin Calderon, Eugenio Moreno Lopez, Muñoz Romero y los demás aficionados madrugaban para encontrarse los primeros en la ranchería á que les brindaba el anuncio del *Diario de Avisos*, ya Carderera se hallaba allí dominando el campo. Al entrar ellos por la puerta, él estaba ya apoderado del botin reunido en pirámide en el suelo: y en cuclillas sobre el monton, con más resistencia en las corvas que si las tuviese de bien templado acero, con los anteojos calados y con la vista

de un Argos para los más imperceptibles movimientos de los que andaban á su alrededor, revolviendo aquella congerie de libros, grandes y pequeños, en pasta y en pergamino, encuadernados y sin encuadernar, con estampas y sin ellas, éste quiero, éste no quiero, con prontitud vertiginosa iba haciendo su apartadijo, dejando rara vez olvidado algo que pudiera halagar su incurable bibliofagía. Sucedía á veces que algun buscon de buen olfato, que se había acercado á la suculenta presa, despertaba los celos del tigre apoderado de ella alargando la mano hácia un libro de valor: entonces, con la rapidez del rayo caía la zarpa de Carderera sobre el bocado que aquél pretendía hacer suyo, antes de que le hubiese tocado, y el intruso, defraudado y corrido, se retiraba limpiándose el hocico. Era preciso ver á nuestro gloton de papel viejo en aquellos trances solemnes, para comprender hasta qué punto el hombre de índole más dulce y pacífica se hace atrevido, y hasta temerario é iracundo, cuando se le contraría en la pasion que le domina. Gayangos llamaba *el salto del tigre* á las terribles acometidas de Carderera en los momentos críticos de ver disputada su caza.—La montería de libros rancios solía verificarse por las mañanas, y el traje con que á ella iba era una cierta *capeta*, que el buen humor del eminente arabista y bibliófilo á quien acabamos de citar hizo proverbial, juntamente con la *gorreta* que usaba Carderera dentro de casa en invierno, cuya visera verde y rectangular, de descomedido tamaño, parecía la pantalla de un velon catalan.—La tal gorreta debía ser de tejido indestructible, porque duró hasta el fin de la vida de su dueño, y éste la habia lucido en 1832 en una expedicion artística desde Toledo al castillo del Tejar de Higares, propiedad del marqués de Cerralvo, que, siendo yo estudiante, hicimos él, mi hermano Federico y yo, en sendos borricos, y que quedó grotescamente perpetuada en una caricatura al lápiz que dibujó mi mencionado hermano en una hoja de su cartera de viaje: hoja de que yo me apoderé, y que, á la vuelta de medio siglo, todavía me causa risa y me trae al olfato el olor á tomillo del altozano de Higares, cuando entre mis papeles tropiezo con ella.

Tambien para cumplir sagrados deberes dejaba su hala-

güeña morada: deberes que le imponían la patria y la religion. Carderera era piadoso y caritativo, y en los postreros años de su existencia, cuando ya no se curaba de adquirir más libros y estampas, cuando ya descansaba en nosotros, sus compañeros de las Academias de San Fernando y de la Historia, y en cierta manera sus discípulos, del cuidado de vigilar por la riqueza monumental de España, y cuando ya los vibrantes toques del clarin y el ronco estruendo del tambor no le llamaban á formar en la plazuela para acudir á lo que donosamente se llamaba la defensa de la patria; sus únicas ausencias eran motivadas por las solemnidades del culto, en que tomaba parte con edificante devocion, no avergonzándose de llevar al cuello el santo escapulario y de empuñar su hacha de cera como siervo del Santísimo en la Iglesia de San Antonio del Prado; ó por los impulsos de la hermosa caridad, que, callada y sigilosamente, le llevaba á socorrer el hambre del prójimo á los desvanes y buhardillas.—Mientras estuvo en edad de servir á la nacion con disfraz de soldado, no dejaron de molestarle, como nos molestaron á todos, para que empuñase el fusil de miliciano; pero Carderera no tomó nunca en serio semejantes funciones, y hasta cierta providencial negligencia en él característica, le favoreció para vengarse de aquella pesada servidumbre, porque el fusil para él fué siempre *escopeta*, y nunca se propuso llamarlo de otro modo. Desempeñó, pues, aunque forzado, el papel de heroe de la patria, pero lo hizo de la manera más chusca del mundo. Solo de verle con uniforme se disipaban las tristezas. La somera instruccion dada á los milicianos nacionales no le entró jamás en el cuerpo: llevar él el paso en las formaciones, dar á los objetos del arreo militar sus verdaderos nombres, manejar el arma segun la táctica, montar la guardia en regla... ¡imposible! Con la mejor voluntad caía en actos de formal indisciplina, porque no podía él concebir que para defender al país en un conflicto supremo fuera indispensable vestirse de máscara y moverse como un autómata, y cargar el fusil para hacer fuego en varios y determinados tiempos, ni se le pasó jamás por las mientes que pudiera él verse en la precision de matar á nadie.—En una ocasion, el difunto duque de la Roca, Comandante del 6.° batallon, en que

ambos nos hallábamos incrustados como milicianos forzosos, nos llevó á hacer el ejercicio fuera de la Puerta de Recoletos, al descampado que había entónces donde hoy se levanta el populoso barrio de Salamanca. Carderera pertenecía á la compañía 6.ª de fusileros, y yo á la de granaderos, donde formaba al lado de mi amigo Santiago de Masarnau, que me servía de maestro, digno y formal Chiron de un Aquiles de pega. Llegamos á una explanada, donde pareció bien al Comandante dar descanso á su hueste: sonó la voz de *¡alto!*, á la que siguió luego la de *á derecha é izquierda, armas en pabellon;* y Carderera, que hacía aquel dia su estreno, al ver que la gente del batallon se diseminaba por aquellos campos, con su fusil sobre el hombro á manera de lanzon se vino corriendo á buscarnos á Masarnau y á mí, muy alegre y risueño, creyendo que el ejercicio habia terminado y que cada cual podía irse á su casa.—¡Ea! ¡tomen ustedes sus *escopetas* y vámonos! nos gritó al llegar á nosotros: ¡no hagan Vds. lo que estos holgazanes, que se quedan aquí á tomar el sol!—El cabo furriel de su compañía, que era un patriota muy ordenancista y severo, venía corriendo tras él, figurándose que Carderera se desertaba, y nos costó mucho trabajo persuadirle de que el supuesto desertor era un ciudadano inmaculado que aun no estaba en los trotes de la heroica institucion nacional.

D. Valentin Carderera llevaba hasta el límite de lo inverosímil su negligencia en todo lo que no era asunto de arte ó de arqueología. Ya hemos indicado que, aun en sus postreros años, el trato que se daba era el de un humilde estudiante; además de ser su mesa frugal, todas las comodidades de la vida á que el hombre se apega en la ancianidad, le parecían frivolidades y puro lujo. Ni necesitaba de muelle butaca para dormitar despues de comer, ni echaba de menos una buena lámpara para leer de noche; á sus ochenta años aguantaba como un estóico, lo mismo el tufo de un quinqué sin tubo, que las corcovas de un sillon averiado y despojado de su rehenchido.

Mientras duraron sus bríos, que no le abandonaron sino muy tarde, fué amante del trato social en las nocturnas reuniones, y hasta hizo sacrificios por el bien parecer; es decir, hasta llegó á presentarse en los salones de la *fábri-*

ca de Cristales (1), donde habitaba la familia de Madrazo, que él consideraba como su propia familia, ó en los palacios de la aristocracia, cuyo elegante comercio era su principal atractivo, ya en los saraos espléndidos, ya en la intimidad de la tertulia, vestido con sencilla distincion, y siempre con el buen humor del hombre de conciencia tranquila, considerado y apreciado por su bello carácter y por su talento. Entónces mismo, aquellos sacrificios no pasaban de cierta raya, ni vencian su natural propension al desprecio de las formas; así que, muy á menudo hubo de perdonársele, en gracia de su bien adquirida celebridad, que no fuesen enteramente correctos los elementos indumentarios de su porte exterior. Á Carderera se le perdonaba todo, incluso el que se acercase á aspirar el fresco abril de una pulcra y perfumada duquesita escapándosele por la bocamanga los puños de tres ó cuatro camisolines de distintas promociones, y con la correspondiente gradacion de tintas, endosados uno sobre otro á guisa de capas de hojaldre. Y ¿cómo no? La hermosa marquesa de Pescara, Victoria Colonna, la mujer más delicada y más idealista del siglo de Leon X, ¿no se recreaba horas enteras en la conversacion de Miguel Angel, que ni para acostarse se quitaba las botas?

El hombre de genio, preocupado con la consideracion de aquel norte ó fin primario que es su aspiracion, ó el objeto cardinal de su mision en la tierra, no se da tiempo ni vagar para atender á lo pequeño de la vida, que tambien es de necesidad en el mundo, y que constituye toda la ocupacion, más aun, la *disculpa* de la existencia de muchos seres vulgares, importunos y enfadosos por su amor á toda clase de fórmulas y rúbricas. También las moscas son *necesarias*, aunque nos sean molestas. La abstraccion en que los grandes hombres viven, explica las aberraciones en que de ordinario caen, sus distracciones, sus manías, y hasta sus aparentes rasgos de insensatez ó de locura. Carderera era el hombre más distraido del universo. pero para las cosas de poco momento, nunca para nada

(1) Nombre que, por su antiguo destino, llevaba la hermosa vivienda ocupada por la familia del que esto escribe, hoy Presidencia del Consejo de Ministros.

que se rozase con las importantes materias de su incansable estudio y predileccion. ¿Era un verdadero genio Carderera? ¿Era un grande hombre en la formal acepcion de esta palabra?—Nosotros medimos á los hombres por el rastro luminoso que dejan en pos de sí, no por la sombra que proyectan durante su mísera peregrinacion terrena. Ahora bien: es tan grande la luz que nuestro artista-arqueólogo ha irradiado en la esfera intelectual de la España moderna con sus obras, especialmente con su *Iconografía española,* monumento clásico de erudicion artística, histórica, arqueológica, biográfica, genealógica, sagrada y profana; con sus escritos sobre la historia de las tres artes, arquitectura, pintura y escultura, en nuestra patria, y con sus notabilísimos trabajos académicos, salvadores de la riqueza monumental de la Península, que difícilmente podrá nacion alguna citar otro hombre en su línea que le haya prestado tanta, es decir, que le haya hecho mayores servicios.

Hemos trazado la breve noticia biográfica que nos propusimos consagrar á la memoria del artista eximio, del ilustre anticuario, del docto y celoso académico que inició en la España de nuestros dias el culto de lo grande y de lo bello en el estudio de aquel fecundo, y hasta su tiempo ignorado, período de nuestra historia que lleva el nombre de Edad media. Muy deliberadamente nos hemos abstenido de seguir el artificioso y falso sistema que convierte las necrologías en apoteósis. Hemos bosquejado al hombre eminente tal cual era, con sus grandes calidades y con sus disculpables defectos..... Sin embargo, no hemos hecho de él un retrato acabado, y vamos á completarlo.—Carderera no se jactaba, ni se jactó nunca, aun en la época de su ardorosa juventud, de *esprit-fort* y descreido; no cayó en la grosera vulgaridad de echarla de ateo, como tantos otros que presumen acreditarse de genios de grande alcance negando lo que la Revelacion divina ha enseñado al mundo. Creía en su venerable ancianidad lo mismo que le enseñaron á creer de niño: la omnipresencia de Dios, su omnipotencia, su incomprensible amor, su tremenda justicia, su providencia infinita. Las admirables *Meditaciones* del Doctor Challoner y la *Razon del Cristianismo* de Genoude fueron el último pasto de su espíritu seriamente católico.—

En sus postreros años, cuando ya presentía su muerte y tenía todos sus pensamientos vueltos hácia las cosas santas, sólo se ocupó en vivir como buen cristiano, en acrisolar su conciencia, en frecuentar la casa de Dios y rendirle más fervoroso culto, en socorrer el hambre y enjugar las lágrimas de los pobres, y en disponer de sus bienes temporales acertada y piadosamente, consagrando memorias afectuosas á las corporaciones á que había pertenecido y que eran vivos testigos de sus eminentes servicios; y finalmente, en dictar á sus amados sobrinos D. Vicente y D. Mariano Carderera, prevenciones oportunas para que su patria, y principalmente Huesca, su ciudad natal, á quien como buen hijo había ennoblecido fundando en ella un interesantísimo museo de pintura española antigua, obtuviese todo el fruto posible de una nueva dotacion de cuadros de varias escuelas, estampas, dibujos y libros, que le legaba en beneficio de la juventud estudiosa; ofrenda del amor de patria más generoso y santo que puede abrigar el corazon del hombre.

D. Valentin Carderera y Solano pasó de esta vida á gozar en la eterna el premio de su acendrada fe y de sus buenas obras, el Jueves Santo 25 de Marzo de 1880, á la avanzada edad de 84 años.

PEDRO DE MADRAZO.

La larga interrupcion que este BOLETIN ha experimentado para mejor acomodarse en lo sucesivo al objeto que se propuso la Academia en darlo á luz, obliga á reanudar la serie necrológica de los que en días pasados figuraron entre sus individuos, y hoy yacen ausentes de la vida mortal, no de la memoria que les aseguran sus ejemplares merecimientos y el tributo de aplauso y de gratitud que les es debido.

En extension adecuada á la reseña que se ha hecho de la vida y estudios de D. Valentin Carderera, debiera hacerse conmemoracion ahora de los que en el breve espacio del año último fallecieron. No era posible adivinar entón-

ces con cuán frecuentes golpes llamaría la muerte á nuestras puertas; ni á la sazon convendría excederse demasiado en los límites de esta atencion, con perjuicio de otras muchas que el interés de la ciencia y los deberes que se nos imponen reclaman al propio tiempo. Por otra parte, nada pudiera añadirse aquí respecto á las particularidades de la existencia de cada uno de tan beneméritos individuos, que no sea de todos conocido; ni parecería conducente al fin de esta publicacion consagrar minucioso exámen á los frutos de su talento, trayéndolos á un juicio de residencia, propio sólo de la posteridad. Contentémonos, pues, con sucintas indicaciones.

Siruela, villa importante de la provincia de Badajoz, puede con razon gloriarse de ser la patria de D. José Moreno Nieto, que nació en ella el año 1823. Extremadura ha sido siempre fecunda en grandes ingenios y hombres de enérgico carácter y corazon; Moreno Nieto, endeble de cuerpo, pero de espíritu vigoroso, suplía la indecision de su voluntad con la incansable perseverancia de un ánimo enteramente consagrado al estudio y la meditacion. *Niño grande* le llamaba uno de sus mas insignes paisanos y admiradores, y en esta frase está resumido cuanto era y cuanto dejaba de ser en sí. En potencia intelectual, pocos, ninguno le aventajaba; en espontaneidad y prontitud de expresion, juzgábasele un portento. Las ciencias filosóficas y políticas, arte, crítica, filología, todo lo abarcaba, todo, más bien, lo devoraba su pensamiento; y de tal manera y tan de tropel le asaltaban las ideas, que las palabras salían de su boca como un torrente. La pluma, léjos de instrumento, le servía de estorbo; no se distinguió, por tanto, como escritor. Honró, ya de discípulo, ya de profesor, las cátedras de las universidades de Toledo, Granada y Madrid, y en esta capital ejerció los altos cargos de Director y Consejero de Instruccion Pública, de diputado y senador en el Parlamento, y otros no oficiales, como el de presidente del Ateneo Científico y Literario. Contóse en el número de los individuos de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y en el seno de la nuestra pronunció una de sus últimas y más vehementes improvisaciones, cuando su débil naturaleza, postrada al esfuerzo de tan improbas fati-

gas, sucumbió impensadamente el 24 de febrero de 1882, dejando fama perpétua de sabio discutidor, científico eminente, orador egregio, docto arabista y erudito arqueólogo; sencillo en su trato, modestísimo hasta el olvido de sí propio, desprendido de todo interés humano, amigo sincero, estimado de todo el mundo por la candidez de su alma y por sus virtudes.

No habían transcurrido seis meses, cuando la Academia recibió la nueva de otra sensible pérdida. El 2 de junio murió en Bélgica, en su castillo de Beauraing, D. Mariano Tellez Giron, duque de Osuna y del Infantado, conde de Benavente, heredero y sucesor de otros muchos estados, que ennoblecían su casa hasta competir con el esplendor del trono; y no era mucho que gozase de tan alto timbre desde los tiempos de aquel valiente Rodrigo de Cisneros, que al exponer su vida en la rota de Zalaca, dejó en manos de Alfonso VI, y en prenda de su heroismo y fidelidad, el precioso giron que para siempre ilustró su nombre. Individuo de número de nuestra Academia desde 1848, y honorario de la de Bellas Artes de San Fernando, el duque de Osuna se dedicó en su juventud á la carrera militar y á la diplomática, ascendiendo en la primera desde cadete á teniente general por los servicios que prestó en la guerra civil del Norte, y desempeñando en la segunda honrosos cargos en las cortes de Inglaterra y Rusia. No hubo distincion insigne que no se le otorgase y de que no fuese merecedor; y si no se labró igual reputacion en la república de las letras, protegió á los que las cultivaban y supo conservar y acrecer con suma aficion y celo los tesoros literarios que heredó de sus opulentos antecesores. Feneció á la edad de sesenta y ocho años.

Más anciano, y no ménos respetable por su saber y las relevantes prendas personales que le adornaban, fué D. José Caveda y Nava, que retirado de la vida pública, acabó sus días en Gijon, el 11 de junio del mismo año 82, habiendo nacido en Villaviciosa de Asturias á fines del pasado siglo en 1796. Educóse en el Instituto Asturiano, oyendo las lecciones del célebre Jovellanos, de quien fué constante imitador, porque no sólo ejercitó su pluma en la multitud de materias y opúsculos que dieron asunto á los

escritos del autor de la *Ley Agraria*, memorias, discursos, informes y estudios de crítica histórica, artística y literaria, poesías y tratados de economía política, industria, comercio y agricultura, sino que modeló su estilo por el del maestro, valiéndose de su diccion fácil y correcta y de su lenguaje esmerado y cadencioso. La coleccion de sus obras forma un catálogo interesante, muchas impresas, que, como el *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura empleados en España*, gozan reputacion de clásicas, y no pocas inéditas, alguna de las cuales procuraremos dar á conocer en las páginas de nuestro BOLETIN. Tuvo el Sr. Caveda asiento en las Reales Academias Española, de Bellas Artes y de la Historia, en ésta el 9 de julio de 1847. Su laboriosidad era infatigable, y grandemente meritorios los servicios que en su larga carrera prestó al Estado, ya como jefe de administracion, ya como consejero, como representante de la Nacion y en otros muchos empleos y cargos. Mostrábase, y realmente era ajeno á todo medro personal; raro dón en estos tiempos, como siempre lo ha sido en los hombres de verdadero mérito, que no necesitan humillarse á mendigar los favores de la fortuna. En su postrera edad prefirió la tranquilidad de ánimo y el cuidado de su salud á la agitacion de las pasiones políticas, disfrutando en su patria de la consideracion y afecto de sus amigos y su familia.

Resta por último hacer mencion del Sr. D. Jacobo de la Pezuela y Lobo, nacido en Cádiz de nobles padres, en 1811, y muerto en la Habana, adonde se dirigió para remediar el menoscabo de sus rentas y propiedades, en 3 de octubre último. A los veintidos años abrazó la carrera de las armas, vistiendo el uniforme de guardia de *corps*, ó de la Real Persona, privilegio concedido á los hijos de casas acomodadas. Distinguióse en aquella profesion, bien que fuese más inclinado á la paz del estudio que al bullicio de los campamentos. Por fin, retirado del servicio en 1854, dióse á la vida literaria; y el conocimiento que había adquirido de la isla de Cuba, donde residió algun tiempo, le dictó la *Historia* y el *Diccionario* de aquella Antilla, y le conquistó posteriormente la medalla de nuestra Academia en 21 de mayo de 1866. Á todos los actos de ésta con-

curría puntual, no demorando nunca el cumplimiento de los trabajos que se le encomendaban. Propúsose, y dejó próxima á su terminacion, una historia de los capitanes generales españoles desde su orígen hasta nuestros días; los suyos no llegaron á ver realizado el afan con que la emprendió, quizá el más activo, por ser el más imposible de sus deseos.

Quiera Dios que la prosecucion de este catálogo, destinado á recordar las efemérides de nuestros predecesores en la vida, quede interrumpida por largo tiempo.